

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

EDICIÓN ESPECIAL: MUJERES A LA VISTA



CONTENIDO

<u>Editorial</u>	4
INFORME ESPECIAL: MUJERES A LA VISTA	
<u>Patricia Aguirre: Libre, arriesgada y comprometida con las mujeres</u> por Ana María Echeverri	6
<u>El día de la mujer y de las mujeres en Villa de Leyva</u> por Yolanda Puyana Villamizar	10
<u>Maribel Rey, un hacer con alma</u> por Rosa Torres C.	14
<u>Entre ollas de barro y raíces boyacenses: Una charla con Lorena Espitia</u> por Fernando Cordovez	18
<u>Evelyn, una representante de la juventud femenina de hoy</u> por Olga Lucía Cortés Falla	22



<u>Rosalina Hernández: Sola, trabajadora y valiente</u> por Nora Vargas	26
<u>Claudia Peña y su emprendimiento meritorio</u> por Ricardo Rodríguez	29
<u>Lo que salta a la vista</u> por Mónica Perea Esparragoza	32
<u>Dora Inés Suárez: Donde la gente viene a sanar</u> por Mónica Velásquez	35
<u>Exponer es exponerse</u> por Ricardo Rodríguez	38
<u>Irene Marín, una mujer de la tierra</u> por Olga Lucía Riaño	42
POESÍA	
<u>Entre chales y huipiles</u> por Gustavo Mauricio García Arenas	45

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri
Mauricio García Arenas Fernando Cordovez.

Revisión tipográfica Ángela García

Fotografía portada Fernando Cordovez

Webmaster Ana Arango

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

EDITORIAL

Tejedoras de sueños en el corazón del valle


El pasado viernes 24 de abril, al anochecer, en el claustro de San Francisco, en Villa de Leyva, se inauguró la exposición de Mujeres a la Vista. Allí, 43 artistas mujeres desplegaron sus obras. Esta muestra marcó el preludio perfecto para un fin de semana que reafirmó el poder del arte femenino.

Al día siguiente, el sábado 25, se realizó la tercera edición de este proyecto inspirado en el Día Internacional de la Mujer. Según su gestora, Patricia Aguirre, Mujeres a la vista surge «no solo como una feria para exhibir y vender nuestros productos —un empoderamiento económico permite evitar situaciones de violencia, permite tomar decisiones—, sino además como un espacio para tejer una solidaridad entre nosotras, para apoyarnos». El proyecto teje hilos invisibles de sororidad que desafían el olvido patriarcal y construyen puentes hacia una equidad real.

En el parqueadero colonial del claustro se congregaron 97 mujeres que transformaron el espacio en un bazar auténtico y vital. Emprendimientos artesanales que susurran historias ancestrales de las tejedoras boyacenses; delicias gastronómicas —desde arepas de chontaduro hasta postres con hierbas locales— que nutren el cuerpo y el espíritu; saberes ancestrales de salud espiritual y física a través de terapias, masajes y rituales que curan las heridas invisibilizadas por generaciones.

Cada puesto era un altar de resistencia; cada sonrisa, un himno a la abundancia femenina. En esta tercera edición encontramos espacios donde las mujeres no solo existen, sino que lideran; donde la comunidad entera —hombres, niños, instituciones— se involucra en busca del beneficio común, fomentando redes de apoyo que perduran más allá del evento.

Como expresa su gestora, «sería maravilloso que se genere un movimiento del que puedan salir núcleos interdisciplinarios de aliados y aliadas, para atender situaciones específicas de las mujeres. Espero que poco a poco se vaya gestando un movimiento, no solamente al interior de las mujeres. Aspectos como asesoría y capacitación para sacar adelante emprendimientos, para conocer nuestros derechos, saber a dónde acudir en caso de violencia, etc. Sé que estos son procesos lentos, pero creo que ya arrancamos».

Es ineludible reconocer que este es un proceso en marcha y que con este cubrimiento especial en *Conexión Zaquencipa*, contribuimos a escribir nuestra historia. En este caso, la historia del empoderamiento de las mujeres en el Alto Ricaurte a la luz de un proyecto colectivo que echa raíces para seguir nutriendo a la comunidad. 



*“Ser artesano es
dejar que el
ALMA
salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

¡Nos mudamos!

Media cuadra adelante.

Carrera 9 # 14-101 Esquina.

¡Te esperamos!

Patricia Aguirre: Libre, arriesgada y comprometida con las mujeres

Por Ana María Echeverri

Con un temperamento fuerte y una determinación inquebrantable que la ha llevado a meterse en las causas más improbables y arriesgadas, va por la vida Patricia Aguirre, dispuesta a transgredirlo todo, a comunicar su mensaje por medio del arte y a seguir militando en la causa de las mujeres. Su compromiso con ellas, con su vida y con sus derechos la llevó a organizar hace tres años la primera feria de Mujeres a la Vista en Villa de Leyva. En su tercera versión participaron 140 mujeres de todas las edades y condiciones, venidas de varios rincones del valle de Zaquencipa, a compartir sus saberes y productos con la comunidad.

«Empezamos a hablar del derecho al placer y también incluimos el tema del cuidado de nuestro cuerpo.»

Patricia Aguirre nació en Bogotá, pero tiene sangre del Tolima y de Caldas. Su personalidad es una



Patricia con su obra de arte en la galería Prisma de Villa de Leyva

mezcla de Héctor, un padre tranquilo, riguroso con su oficio de la mecánica, perseverante y preciso en las cosas pequeñas; y de Adiel, una madre alegre y fuerte, que sacó a sus tres hijos adelante después de separarse de su marido, «una mujer de carácter, muy inteligente, que nos legó la claridad, el empuje y una visión diferente de la vida».



Patricia con su obra de arte
"Los colores del silencio"

Patricia estudió en un colegio de monjas teresianas que tenían una mentalidad muy abierta, «hablábamos de sexualidad, de anticoncepción; nos enseñaban cerámica, pintura y muchas otras cosas, que no eran comunes en ese momento». Fue en ese tiempo cuando se fue incubando en ella el feminismo: «Para mí fue determinante haber estudiado con ese tipo de mujeres que nos hablaban mucho sobre el ser mujer y sobre nuestras decisiones». En ese colegio tuvo una profesora psicóloga que influiría más tarde en su decisión de estudiar psicología; «además, vivíamos al frente de la Universidad Nacional y eso permeó mi vida de una manera importante, me dio muchas luces y me llevó a tener una mirada diferente de lo que mi madre hubiera esperado de mí como mujer; yo fui un poco la oveja negra de la familia... Y para completar (*se ríe*), me enamoré de un hombre negro, diez años

mayor que yo. Viví con él 22 años y tuve una hija, Salomé. En esa época las mujeres ya empezábamos a tomar decisiones, a hablar del amor libre, de las posibilidades de la cultura y del arte».

«Hay un movimiento que va creciendo, que se va fortaleciendo, es un espacio que nos hemos ganado; el espacio de las mujeres.»

«Entonces yo conocí a este hombre que me mostró el mundo del Pacífico: la rumba, la cultura negra, el goce, la fiesta, la espontaneidad, la alegría, el viajar, la cocina chocona. Para mí fue un aprendizaje superimportante en el tema de la alegría de la vida: tú vas al Chocó y, en medio de muchas carencias, siempre hay alegría. Yo venía de la prudencia de las monjas...».

—¿Y qué pasó al salir de la universidad?

Empecé a trabajar como orientadora en el tema de los derechos sexuales y reproductivos de la mujer. Durante 27 años, hasta mi jubilación, acompañé a mujeres en las decisiones sobre su vida, sobre su cuerpo y sobre la maternidad como un derecho y no como una obligación. Este trabajo me llevó a viajar por toda América Latina. Empezamos a hablar del derecho al placer y también incluimos el tema del cuidado



Patricia en reunión preparatoria con las mujeres del tema de la comida

de nuestro cuerpo; empezaban a aparecer los métodos anticonceptivos. Creo que este trabajo cambió mi vida completamente porque me abrió la ventana de la libertad.

«Para mí fue determinante haber estudiado con ese tipo de mujeres que nos hablaban mucho sobre el ser mujer.»

Un buen día Patricia decidió estudiar Arte en la Esap, para dar rienda suelta a una pulsión que la acompañaba desde siempre. «Eso cambió un poco mi visión de la sicología, empecé a unirla con la arteterapia, las dos en términos de posibilidad creativa».

—Cómo llegaste a vivir a Villa de Leyva?

Cuando me jubilé decidí vivir en el campo. Llegué primero a Santa Sofía y luego a Villa de Leyva donde me sorprendí al encontrar un movimiento cultural grande y muchas mujeres solas, vitales, felices y con proyectos de vida muy interesantes; empezamos a acercarnos a conversar, a parchar, a tomar vino y empecé a sentir que hay un espacio posible para hacer cosas. Me encuentro también con un sistema que sigue siendo bastante patriarcal, que me lleva a cuestionarme. Decido celebrar el 25 de noviembre —Día internacional de la No Violencia Contra la Mujer— con un evento que se llamó «Sí al lienzo, no al silencio»: colgué en la calle sábanas sobre

las cuales los transeúntes pintaron cosas alusivas a la *no violencia*. Eso me muestra que es posible hacer en Villa de Leyva actividades más grandes, más colectivas, más visibles en el tema de los derechos de las mujeres.

—¿Es así como nace Mujeres a la Vista? ¿En qué consiste exactamente?

El 8 de marzo (Día Internacional de la Mujer) de 2024, se me ocurre hacer un evento con el fin de que las mujeres de este valle podamos ser visibles y reconocidas; porque lo que no se conoce, no se valora y no existe. Entonces nace Mujeres a la Vista no solo como una feria para exhibir y vender nuestros productos —un empoderamiento económico permite evitar situaciones de violencia, permite tomar decisiones—, sino además como un espacio para tejer una solidaridad entre nosotras, para apoyarnos.


La primera fue una sorpresa para todos, una feria alegre, una feria que convoca, una feria que sorprende. Hubo ochenta y cuatro mujeres con productos muy diversos y vimos que “sí se puede”. En la segunda estuvimos ciento seis, y en esta ciento cuarenta. Este año hubo una potencia grande en la ilusión, en la alegría, en las ganas de participar. Hay un movimiento que va creciendo, que se va fortaleciendo, es un espacio que nos hemos ganado; el espacio de las mujeres. Quiero agradecer de manera especial a la Alcaldía de Villa de Leyva por su gran apoyo a las tres ferias, por intermedio de su gestora social

Carolina Moreno y su equipo. Y mi gratitud también para hombres y mujeres que de manera generosa y voluntaria han contribuido para hacer realidad este sueño.

—¿Y tú qué vislumbra a futuro como resultado de estas ferias?

Sería maravilloso que se genere un movimiento del que pueden salir núcleos interdisciplinarios de aliados y aliadas, para atender situaciones específicas de las mujeres. Aspectos como asesoría y capacitación para sacar adelante emprendimientos, para conocer nuestros derechos, saber a dónde acudir en caso de violencia, etc. Sería como generar rutas específicas de atención, donde se apoye por ejemplo a una mujer en situación de violencia de forma integral: por un abogado, por un psicólogo, por un médico... asesoría, capacitación y acompañamiento en diferentes temas.

**«Este trabajo
cambió mi vida
completamente porque
me abrió la ventana
de la libertad.»**

Espero que poco a poco se vaya gestando un movimiento, no solamente al interior de las mujeres, sino en la comunidad. Si todos y todas nos conocemos y reconocemos, hay más posibilidades de construir una sociedad más equitativa, más justa y en paz. Sé que estos son procesos lentos, pero yo creo que ya arrancamos. 

El día de la mujer y de las mujeres en Villa de Leyva



Por Yolanda Puyana Villamizar¹

Este año, las elecciones de Senado y Cámara de Representantes en Colombia invisibilizaron el 8 de marzo, cuando se conmemora el Día Internacional de la Mujer. Sin embargo, en Villa de Leyva lo pospusimos para el 25 de abril, y por ello abro

esta breve reflexión sobre las mujeres en este territorio, no sin antes mencionar qué significa celebrar el 8 de marzo a nivel internacional.

Esta fecha fue seleccionada por las Naciones Unidas en 1975 para

¹Profesora jubilada de la Universidad Nacional, en las Maestrías de Género y de Trabajo Social.

evocar una situación terrible que se produjo en 1908 durante una huelga de trabajadoras textiles en Nueva York. Un conflicto ocasionado por las intransigencias de los empresarios ante la demanda de mejores condiciones salariales, horarios más justos y recursos que facilitarían el cuidado de la niñez. La protesta desembocó en la muerte de 100 mujeres incineradas en la fábrica donde se encontraban.

El espantoso suceso se convirtió en un símbolo que rememora la lucha de las mujeres por la igualdad de derechos. Se protesta por su falta de participación política, la necesidad de mejores condiciones laborales y, en especial, contra las violencias de género. Por ello, el 8 de marzo no es solo para *llevar florecitas o repartir tortas*, sino también para reflexionar sobre las capacidades y las luchas contra la inequidad de género por las que luchamos las mujeres.

Según Medicina Legal, en Boyacá se presentan índices considerables de denuncias por violencias y estas afectan en especial a las mujeres.

Volviendo a Villa de Leyva, no solo celebramos el día de la mujer, sino de las mujeres, pues aquí existen

varias formas de asumir el papel en este municipio.

Como alguien que llega a un nuevo contexto, construyo cada día² etnografías. Una forma de observación antropológica, que dice Gregory Bateson, se desprende de vivir en un lugar, soñarlo y sentirlo para producir un conocimiento.

Mi observación está permeada por mi interés en las relaciones de género, los encuentros y reencuentros con los símbolos y prácticas a través de los cuales la sociedad delimita la masculinidad y la feminidad. Como celebramos el día de la mujer, en el texto me referiré a su devenir en la villa, en nuestra cotidianidad.

Nuestras vidas como mujeres transcurren de diferentes maneras, según el lugar que habitamos, la clase social, los oficios, el tipo de hogar, la edad o el origen, entre otras situaciones que nos marcan. A las que venimos de Bogotá, nos dicen coloquialmente «vinculadas» y, aun así, somos muy distintas: varias jubiladas, algunas solas y otras, acompañándose con el marido en la vejez. La mayoría nos comunicamos con nuestros familiares en Bogotá o en el exterior y nos hemos obligado a establecer múltiples estrategias contra la soledad, como aprender a usar el mundo virtual, tan ajeno a nuestra corporalidad en otras épocas. Las más jóvenes que son madres, unas solas o en

² Observo mientras durante un año y más voy haciendo la transición residencial entre Bogotá y Villa de Leyva. Poco a poco, logré el trasteo. Lo peor fueron los libros, que ubiqué en varios centros culturales del pueblo, que se ha convertido en mi pueblo.

pareja, cuidan a diario a sus hijos e hijas mientras trabajan.³

En cuanto a las mujeres que han nacido en Villa de Leyva o viven en municipios aledaños, muchas trabajan en el casco urbano en actividades de turismo y permanecen muy ocupadas precisamente en las épocas en que sus hijos e hijas no están estudiando. Por fortuna, las abuelas se convierten en una red indispensable de apoyo para que puedan seguir sosteniendo el hogar. Las maestras, por su parte, se ocupan de educar a la niñez entre semana, desarrollando una tarea bastante abrumadora.

Por otro lado, las trabajadoras agrícolas de las empresas de tomate o de marihuana medicinal, cuya situación económica es precaria, deben laborar en medio del plástico, llueva o haga sol. Las medianas empresarias de productos agrícolas y las artesanas también enfrentan dificultades negociando precios con los intermediarios. Por último, muchas de las jóvenes y niñas, por rebelarse de sus madres, pueden estar expuestas al peligro de la trata de personas en una ciudad turística como Villa de Leyva.

¿Qué sería entonces lo común ante tanta diversidad?

A pesar de las diferencias señaladas, todas enfrentamos algunos retos similares. En primer lugar,

hemos estado a cargo del cuidado durante buena parte de nuestras vidas o, en otros casos, esta tarea es permanente. Además, como casi todas las mujeres, hemos sido víctimas de algún tipo de violencia.

En mis etnografías, he observado cómo los hombres desnudan con la mirada a las jovencitas, y cuando ellas pasan, les dicen palabras irrespetuosas. Aún en los imaginarios de la población urbana y rural, se han naturalizado las violencias de género, y entre las letras del reguetón y los comentarios soeces, ellas se sienten fastidiadas, pero callan, no dicen nada.

El 8 de marzo es para reflexionar sobre las capacidades y las luchas contra la inequidad de género.

La historia nos lo recuerda: hace 30 años (1996) entrevisté a las abuelitas de quienes ahora son jóvenes y decían con dolor: *mi papá golpeaba a mi mamá tan fuerte, que mató poco a poco a mi mamá* (Orduz, Puyana 1997). Según Medicina Legal, en Boyacá se presentan índices considerables de denuncias por violencias y estas afectan en especial a las mujeres entre los 25 y 40 años, etapa propia de la edad reproductiva, con hijos e hijas: pariendo y cuidando.

³ Consúltese mi artículo en la revista Conexión Zaquencipa sobre mujeres, marzo de 2025.



Por ello, ante las inequidades y violencias señaladas, debemos celebrar el día internacional de la mujer y de las mujeres, al mismo tiempo. Es decir, protestar por los problemas comunes, así tengan matices diversos que generen enfrentamientos y resistencias. Como hemos señalado, ocurren porque las violencias, las sobrecargas en el cuidado, el hostigamiento y el abuso en las calles se siguen perpetuando. ♻️

Fuentes

Bateson, Gregory (1998) *Pasos hacia una ecología de la mente*. Carlos Lohle/ Lumen, Argentina.

<https://www.medicinalegal.gov.co/observatorio-de-violencia-contra-la-mujer>. Abril de 2026.

Puyana, Yolanda y Cristina Orduz. (1997) *Mujeres, hombres y cambio social*. Universidad Nacional.

Maribel Rey, un hacer con alma



©Ana María Echeverri

Por Rosa Torres C.

Así sean programados y con propósito, los encuentros siempre traen sorpresas. Esta conversación con Maribel Rey Avendaño que me propuso la revista, fue profunda, amorosa e íntima. Creo que uno de los regalos que trae vivir en un pueblo pequeño es la lentitud. Así que nuestra conversación fue larga, sin afares. Nos contamos obra y milagros, como dice el argot popular: hablamos de todo. De alegrías, dolores, caminos, errores,

descubrimientos, en suma, de esta aventura que es vivir.

Nacida en el llano, criada y educada en Bogotá, se formó como administradora de empresas y se hizo artesana de la madera por vocación. A lo largo de una vida intensa de estudios, trabajos en empresas grandes y medianas, emprendimientos editoriales y comerciales —en algún punto de su trayectoria laboral, familiar y maternal—, Maribel sintió

la necesidad de crear algo con sus manos. Algo que le permitiera esa conexión con la tierra, un llamado que, ahora sabe, heredó de su padre y sus abuelos. Eligió el trabajo con la madera y se inscribió en la Escuela de Artes y Oficios de la Fundación Santo Domingo en Bogotá.

Maribel tiene la singular habilidad de hacer cálculos con los pies en la tierra, sin perder de vista los vuelos de su alma.

«La escuela cambió todo en mi vida», dice. No solo por el oficio que aprendía con deleite y asombro, sino también por los encuentros que propició. La escuela permitía la interrelación con personas de muchos y variados oficios, diversas clases sociales, otros tonos en la piel, otros barrios. En fin, diversidad. Maribel ya traía consigo su historia, su sensibilidad social y el coraje que le daban la capacidad de conmovirse con las circunstancias de los otros y responder a la necesidad de apoyar. Entendió que muchos de sus compañeros no lograban comercializar sus trabajos y se dio cuenta de que, gracias a su experiencia empresarial, tenía las habilidades y los conocimientos para facilitarles ese proceso.

Coincidió este movimiento —bien sabemos de la sincronía entre los movimientos del alma y las circunstancias— con un agotamiento



©Ana María Echeverri

en su labor en la empresa editorial y una falta de motivación ante la perspectiva de los desarrollos del internet y las redes. Decidió entonces incursionar en una nueva línea de negocio.

Maribel tiene la singular habilidad de hacer cálculos con los pies en la tierra, sin perder de vista los vuelos de su alma. Hizo toda la sensata tarea comercial. Durante meses estudió, recorrió pueblos, consultó precios, hizo contactos con artesanos y cooperativas de artesanos, descubrió productos. Y después de hacer las sumas y restas necesarias, se decidió.

Montó su primera tienda en Villa de Leyva con las cosas muy claras: solo ofrecería artesanías colombianas y, especialmente, de la región del altiplano cundiboyacense y alrededores. Expuso sus obras de madera torneada, así como las

producciones de sus profesores y compañeros de escuela en madera, tejido, joyería y otras; también las artesanías ancestrales (objetos que solo emplean lo que da la naturaleza y que usaron los ancestros para vivir) y artesanías contemporáneas. El lema de Alma Bazar, su mágica tienda es «Ser artesano es dejar que el ALMA salga a la luz transformada en una obra», y es la impronta de cada pieza que ofrece en esa esquina donde se encuentra la calle Caliente con la calle del Silencio.

Estas breves líneas condensan años de esfuerzos y convicción. Recuerda que al inicio cogía su carro y manejaba «hasta lo que dé la inhalación». Se reunía con cooperativas y artesanos en pueblos de nombres extraños y hermosos, como Cerinza o Guacamayas. Descubría en cada lugar las fibras que empleaban, tan diversas como paja blanca, esparto, fique; y los muchos métodos de tejer. De esta manera, nos trajo los canastos coloridos de María Elena Balaguera y su familia, las famosas vírgenes de cerámica de Otilia, las ruanas de Helena Tovar, las piezas de papel y cartón reciclado de Martha García, las obras de cerámica del reconocido maestro Saúl Valero y un gran etcétera que hay que ver para maravillarse.

Y como lo que le parece más importante son las personas, Maribel teje lazos con aquellos seres y familias a las que les compra los productos. Sabe exactamente quién es la persona que ha elaborado el objeto artesanal único que vende en su almacén. Esa cercanía la pone

frente a las dificultades de los artesanos, generalmente mujeres, y la correlación con otros factores que parecerían ajenos a la actividad artesanal comercial. Por ejemplo, el cambio climático que ha extinguido algunas fibras vegetales con las que trabajaban en ciertas zonas. Ve cómo algunos oficios se van quedando sin manos. Puede percibir toda la violencia de género asociada a la dependencia económica de las mujeres en los campos. Detecta las implicaciones en la vida cotidiana de ciertas decisiones gubernamentales.

**No duda en pararse
recia frente a la
manipulación que
ejercen algunos
entes sobre el
trabajo dedicado y
ancestral de muchas
comunidades.**

Por eso, en algún momento también abrió un espacio para la conversación sobre estos y otros temas: la ecología, la biodiversidad, el devenir de las artesanas y los artesanos, el cuidado medioambiental, las prácticas de comercio justo. Y no duda en pararse recia frente a la manipulación que ejercen algunos entes sobre el trabajo dedicado y ancestral de muchas comunidades. Ese liderazgo la llevó a ser elegida como vocera de los artesanos en los tiempos difíciles del turismo, durante la pandemia, para lograr diseñar estrategias que permitieran mantener las economías familiares.



©Ana María Echeverri

Tiene la alegría de saber que sus proveedores son amigos, casi familia.

Se reunía con cooperativas y artesanos en pueblos de nombres extraños y hermosos, como Cerinza o Guacamayas.

La llena de regocijo ver progresar a esas familias con los oficios de

sus ancestros, contribuir a la autonomía financiera y emocional de algunas de «sus» artesanas, e invitarnos a tomar conciencia de que el negocio siempre será que todas y todos ganemos, porque quien adquiere un objeto no solo lleva belleza y esfuerzo, sino también historia y esperanza.

Como ella misma concluye: «No sé si es mucho o poco, pero hago lo que me corresponde en el lugar en el que me ha puesto la vida». Y para nuestro contento, ese lugar es Villa de Leyva. ☺

Entre ollas de barro y raíces boyacenses: Una charla con Lorena Espitia

«El maíz, hijo del sol y la tierra, transmutaba su esencia en chicha, el néctar sagrado de los muiscas. Mucho más que alimento, era el hilo invisible que tejía lo cotidiano con lo divino, sellando en cada totuma la alianza eterna entre la fertilidad de los surcos, la unión de los pueblos y el susurro de sus ancestros».

Por Fernando Cordovez

En el bullicio, cuchicheos y abrazos del Mercado Alternativo Campesino de Villa de Leyva, entre totumas y ollas de barro curadas, encontramos a Lorena –como se le conoce a Angie Lorena Espitia García– en su puesto que huele a leña, a tierra húmeda e historia. Es un oasis de tradición y calidez. A sus 35 años, esta emprendedora boyacense no solo elabora chicha, guarapo y masato con maestría artesanal, sino que irradia una humanidad profunda que une generaciones, preserva saberes ancestrales y abraza a su comunidad como familia. Esta mujer, nacida en Villa de Leyva, con el corazón sembrado en la tradición de sus abuelos, ha convertido la chicha, el guarapo y el masato en un acto de resistencia cultural.



Lorena, al ver tu puesto y la dedicación que le pones a tu quehacer, uno se pregunta: ¿qué te motiva a mantener vivo este oficio que muchos otros dejaron atrás?

(Sonríe con nostalgia) Es una historia de amor y raíces. Mis padres se separaron muy pronto y fueron mis abuelos maternos quienes me criaron. En sus celebraciones, siempre había un barril de chicha o guarapo en torno al fogón. Esos recuerdos, el calor del fuego, la reunión familiar... esa es mi motivación. Siento que cuando preparo estas bebidas, no estoy solo trabajando; estoy honrando a mis abuelos y a los saberes que se están perdiendo en estos tiempos modernos. No es negocio; es amor a la tierra y a la gente que me dio todo.

Es fascinante para el paladar degustar cómo desafías el mito de que la chicha es solo de maíz. ¿Cómo es tu proceso creativo?

¡Exacto! Es un mito que debemos romper. La chicha es versátil y generosa. He logrado hacer chicha de papa, de tubérculos como el nabo y de frutas deliciosas como la feijoa o la ciruela roja. El secreto está en el respeto por la tierra: uso lo que está en cosecha, lo de mi huerta, lo que sacan mis vecinos o mis papás. Y, claro, el proceso es sagrado. La cocino en leña, la fermento en «ties-tos» de barro de Ráquira, sobre una cama de hierbas aromáticas como ruda y altamisa para protegerla. Es un proceso de toda una semana donde le pongo la manita, el ojo y el corazón todos los días.



Lorena en el día de mercado



¿Cómo es ese sábado de mercado, cómo son los preparativos?

¡Ah, sí! Mi esposo me ayuda con todo. Él se levanta primero a ver nuestros animales —que son como doscientos hijos, entre aves, cabritos y conejos—. Luego, cargamos la moto y nos vamos. A veces nos acompaña nuestro «bebé conejo» de tres años, que es la alegría de la familia. Es mi refugio; me enseña paciencia y respeto por lo vivo, como mis abuelos me enseñaron. Nuestra labor es una vida

de campo, de esfuerzo, pero muy gratificante.

El día domingo cocino lo del siguiente fin de semana: maíz, harinas de trigo, cebada o haba; tubérculos, como papa, nabo, rúas, yotas o «papa de pobre» —hasta hice chicha de papa, ¡deliciosa! Frutas locales: feijoa, manzana, pera, ciruela roja. Todo de mi huerta, de la de los vecinos o de la de mis papás. Lunes, bato y fermento. Durante toda la semana, agregó dulce y agua; a diario le echo ojo, con manita consentidora. Viernes, endulzo con miel de caña hervida para no dañar estómagos. Solo yo toco todo; si otra mano bate, se corta. Es mi pacto con los ancestros: respeto y cuidado puro.

En sus celebraciones, siempre había un barril de chicha o guarapo en torno al fogón. La reunión familiar... esa es mi motivación.

Hablabas de los mitos que impuso la industria cervecera hace años sobre estas bebidas. ¿Qué les dices a quienes llegan con miedo?

Les digo que la verdad está en el paladar. Muchos vienen asustados por el miedo que infundieron las grandes compañías, haciéndoles creer que la chicha es embrutecedora. Yo los invito, casi los obligo con cariño: «tómese una, pruébela, y en ocho

días viene y me cuenta». Y siempre vuelven. Porque cuando algo es natural, cuando es hecho con respeto y cocinado como debe ser, no hay daño; solo alimento y alegría. Por acá se aparecen turistas europeos buscando la chicha.

**Solo yo toco todo;
si otra mano
bate, se corta. Es
mi pacto con los
ancestros: respeto
y cuidado puro.**

Tienes una anécdota muy famosa sobre un cliente, ¿no es así?

(Carcajada) ¡Sí! Un caballero muy berraco, de esos que presumen que aguantan todo, que se puede tomar todas las cervezas que quiera. Se tomó tres totumadas seguidas, muy valiente. Pero al bajar las escaleras, se mareó, y llegando al mercado tradicional terminó cayendo justo en el puesto de mi mamá. ¡Hasta foto le tomaron! Fue un momento gracioso, pero demuestra que nuestra bebida tiene carácter.

Lorena, ¿qué esperas dejarles a las nuevas generaciones?

Mira, yo sé que no voy a competir con las grandes industrias, y no busco eso. Mi aspiración es que los jóvenes estén orgullosos de sus raíces. La chicha es una excusa para volver a juntarnos, para dejar el teléfono de lado y compartir alrededor de algo natural y nutritivo. Si logramos que la juventud valore su



origen, habremos ganado la batalla más importante.

Mientras Lorena termina de envasar una aromática y ahumada chicha para mí, me quedo pensando en su filosofía. Ella no solo vende una bebida; ella vende el valor de volver a lo esencial, a la unión, y a ese respeto por los ancestros que, en un mundo tan acelerado, se vuelve el bien máspreciado. Lorena encarna la calidad humana boyacense: generosa, resiliente, unificadora. Preserva tradiciones con artesanía y empatía, desafiando mitos para unir comunidades alrededor de fogones ancestrales. Un tesoro de este territorio. 🌀

Evelyn, una representante de la juventud femenina de hoy

Por Olga Lucía Cortés Falla

Cuando llego a nuestra cita, Evelyn Amariles muy puntual ya me espera y me recibe con su sonrisa dulce y franca. En el marco de la feria Mujeres a la Vista, queremos saber qué piensan y cuáles son las expectativas de las jóvenes de este territorio en el complejo e incierto mundo que les ha tocado, y ella, es una representante muy interesante por su postura ante la vida.

Se necesita fortalecer el empoderamiento de las mujeres porque la brecha entre los géneros sigue siendo muy amplia.

Evelyn creció en Villa de Leyva en una familia amorosa y bien estructurada, que le ha permitido tener una visión tranquila pero segura de quién quiere ser como mujer, como profesional y como integrante de la



sociedad. Sus padres llegaron con sus abuelos y algunos otros familiares, cuando ella tenía cinco años —hoy tiene 24—, buscando mejores oportunidades de vida. Con espíritu emprendedor y creatividad montaron sus negocios y hoy la vida les sonríe pudiendo cumplir sus sueños de familia y de crianza para Evelyn y su hermano. Este

pueblo les ha traído lo mismo que a muchos de los que hemos llegado aquí desde otro lugar: el privilegio y la fortuna de estar en esta tierra generosa, tranquila y llena de abundancia.

Escogió el trabajo social como profesión por su vocación de servicio, se acaba de graduar de la universidad y quisiera, más adelante y con experiencia, dedicarse a trabajar en temas de infancia y familia, que son su especialidad. Comenzar es difícil, lograr un trabajo sin experiencia alguna, poder orientarse certeramente hacia donde quiere ir e incluso definir donde es ese lugar, son los grandes retos que hoy enfrenta porque está entrando en esa nueva etapa de vida como mujer, en busca de independencia y autonomía. Es la misma problemática que hoy viven tantos jóvenes que buscan oportunidades para abrirse a la vida. No está dentro de sus objetivos irse del país, pero sí adquirir experiencia en su profesión que tanto la apasiona y tener la oportunidad de servir en temas como la salud y la seguridad para las mujeres, sus derechos, la sexualidad y la infancia, que son los de su preferencia.

Hace tres años viene colaborando en Mujeres a la Vista y ha sido testigo de cómo esta increíble idea de Patricia Aguirre se ha consolidado al lograr visibilizar a las mujeres. Este evento busca cubrir y profundizar sobre aspectos relevantes en el campo femenino, y el tema que le concierne a Evelyn es muy interesante: armar un grupo multidisciplinario de mujeres de varias

edades y experiencias, cuyo objetivo es acompañarse para dar apoyo a otras en aspectos como derechos reproductivos, divulgación de entidades de apoyo y rutas de atención, responsabilidad y decisión sobre el cuerpo y la sexualidad, derechos de la mujer, atención con la que se cuenta en el hospital para el cuidado de la salud, aspectos legales, en fin, todas cuestiones de gran importancia para la mujer, que, como bien nos dice nuestra entrevistada, en pleno siglo 21 aún requieren de mucha divulgación y ser tratadas a profundidad, tanto en el área rural como urbana de la región, porque no son bien conocidas.

Este pueblo les ha traído lo mismo que a muchos, estar en esta tierra generosa, tranquila y llena de abundancia.

Como Evelyn está inmersa en ese mundo femenino, me intereso en conocer su postura ante el movimiento feminista. Ella habla entonces de la diferencia entre la equidad y la igualdad. Su tendencia es hacia la equidad porque es claro que nunca seremos iguales a los hombres y más bien, debemos concentrarnos en nuestras diferencias de género, lo que nos hace mujeres, pero sí defendiendo nuestros derechos. Esta postura ha sido reforzada por los valores que le han inculcado en su casa, donde su madre es un pilar importante.



Habla también de las oportunidades que existen para trabajar en la región, sobre aspectos como el arraigo cultural y muy conservador que hoy hay entre los jóvenes, apoyado por las dinámicas familiares en las que la mujer sigue teniendo los mismos viejos roles y donde el sometimiento es evidente, incluso en las relaciones de parejas jóvenes. Ella dice que se necesita fortalecer el empoderamiento de las mujeres porque la brecha entre los géneros sigue siendo muy amplia.

Evelyn es una mujer de gran talante y un corazón inmenso que con seguridad va a llegar a ese lugar adonde quiere estar. Desde allí, con su aplomo, dejará algo valioso a quienes se encuentren en su camino. Es una fortuna saber que ella hace parte de una generación de jóvenes que están dispuestas y comprometidas a contribuir y enfrentar los retos que les presenta el futuro en este mundo loco que les hemos dejado. ☺

Relato

Librería • Centro Cultural

Vive las mejores **experiencias**
culturales en **Villa de Leyva**.



Librería - Conciertos - Cine - Charlas - Eventos

Km 1 vía Arcabuco: Vista a las montañas, parqueadero amplio

www.relatovilla.com  **319 530 2862**

Rosalina Hernández: Sola, trabajadora y valiente



©Anna Maria Echeverri

Por Nora Vargas

Doña Rosalina nació en 1948, un año marcado por la violencia en Colombia. Vino con esa fuerza interior y esa determinación necesarias para salir adelante sola. Cuenta que, desde muy jovencita, después de hacer quinto de primaria, se fue a vivir con una hermana de su papá, que era su madrina, «y eso allá me tocó jornaliar, echar azadón en donde saliera... así jué allá en la vereda de Capilla. Y si había algo que vender eso tocaba echárselo a la espalda y ¡vá-

monos! pa llegar hasta el pueblo a pie; a pie pelado».

«Yo como a la edad de 20 años fui, cogí un puestecito en el mercado y me puse a vender cerveza. Pero eso tocaba de todas formas salir a trabajar por el jornal, por ahí me pagaban 5 pesos, 3 pesos. A mí me alcanzó a tocar que el valor de la plata era de un centavo en adelante. También viéndolos a ellos, a mi madrina y los hijos, yo aprendí a trabajar el

fique. ¡Eso era saque fique, haga lazos! Y eso le pagaban a uno por ahí 3 pesos por un lazo de una libra. Yo duré como hasta los 50 años haciendo los lazos. Como el mercado era solo un día a la semana, el resto del tiempo era haciendo lazos.

»A mí que me pregunten del campo, yo he sido del campo. A yo nunca me gustó ir a la ciudad. Para ir a la ciudad voy, como dicen, por visita. La vida en el campo cuando yo era joven, era trabajar. Por allá se cultivaba alverja, frijol, maíz... porque, aunque yo soy nacida en este municipio (Llano Blanco), yo no me críe acá.

**«¿Pues la
juventud?...
¡trabajando! Antes
de quedarme sola,
de que mi madrina
se muriera, pues
andábamos por ahí
con ella.»**

»Cuando mi madrina se muere, vivíamos en Capilla y mi hijo tenía 12 años. Yo aquí en esta casa, en la vereda Llano Blanco, no estoy sino hace 23 años. Y para llegar aquí fue porque hubo un proceso de bienes, de una herencia de mi mamá y a mí me tocó una parte. Esta finca había quedado abandonada, yo por ahí venía y daba vuelta, como cosa perdida. Sucedió que vino un hermano y le dije que si tenía a gusto de que me vendieran esto, en lugar de que estuviera ahí botado. Y dijo: pues sí, ¡se puede!; es hablar con mis hermanos y ¡se puede vender! Y así fue como llegué acá.

»Mi madrina me había dejado un lotecito allá en Capilla. Lo vendí y fue apenas pa' darle a los hermanos, que con mi hijo les sacamos plazo para un año,

para terminar de pagar; porque él se comprometió a ayudarme, y yo sí dije: él es un hombre ya hecho y derecho, tiene que ayudarme. Entonces ¿qué hice yo? me fui pa'l banco a pedir prestao. Y eso me tocó pagar intereses como del diez por ciento. Pero me defendí, bendito sea Dios. ¡Y me he defendido! En ese entonces tenía yo 60 años».

—*¿Y sumercé en qué momento encargó ese hijo?*

Ese chico lo tuve de 28 años y, como dice el dicho, eso fue como obligada. Porque yo francamente, eso yo... así de que tuviera yo amores con hombres, ¡nooo! Eso fue con un hijo de mi madrina... y así no más. La hemos pasado bien. Yo francamente no estuviera por aquí si no hubiera habido ese muchacho, porque eso ahí había habido quien me llevara. Yo tengo una prima hermana que me quiere peor que si fuera hija. Nosotros siempre hemos sido unidos. Y así es como la he pasado: trabajando.

—*¿Y cómo llegó a hacer las arepas?*

Pues yo cogí este oficio ahora. De estas arepas siempre ha habido, pues esta era una tierra donde se sembraba trigo; no es tanto lo que queda. Yo estoy afiliada en el mercado alternativo y allá las vendo, rellenitas de cuajada, ¡deliciosas!

—*¿Y entonces cómo fue su juventud, doña Rosa?*

¿Pues la juventud?... ¡trabajando! Antes de quedarme sola, de que mi madrina se muriera, pues andábamos por ahí con ella: íbamos a Chiquinquirá, íbamos a Santa Rosa cuando había las fiestas, pero a mí no me alcanzó a tocar la chicha, esa la terminaron en enero del 48, que fue sepultada y toda esa vaina. Eso me decía mi madrina, que habían sepultado barriles, ollas... y terminaron con la chicha [tras el Bogotazo, como el

gobierno prohibió la venta y consumo de chicha para favorecer la industria cervecera, la gente enterraba las vasijas de barro llenas de chicha en el patio de su casa, para esconderla de las autoridades]. Y ahí entonces llegó la cerveza, llegó el licor que es lo que está funcionando. Ya la chicha, queda apenas el nombre de la chicha, pero ya no es como la hacían antiguamente.

—¿Y cómo la hacían antiguamente?

Eso molían el maíz y dejaban como casi ocho días esa masa mojada con la miel de caña, el melao, para que agriara. Y esa masa se remolía después en los molinos de mano y tocaba batirla hasta que desatara. ¡Eso era trabajando, trabajando duro! A los seis meses de que yo nací, acabaron la chicha. La chicha era libre; el que la quería hacer, la hacía, y no pagaba nada. A hoy, desde que hay el intermediario, todo ha cambiado. El intermediario es el responsable de sacar su plata.

Por aquí no nos llegó la violencia. Me contaban, eso sí, pero por aquí no alcanzamos a conocer eso. Desde que yo me conocí, me empecé a conocer, yo no he conocido eso.

Hasta aquí, una pincelada de Rosalina. 





Claudia Peña y su emprendimiento meritorio



© Andrés García

Por Ricardo Rodríguez

En el escenario de la tercera feria Mujeres a la Vista, Claudia Peña participó con un puesto de plántulas de hortalizas, plantas aromáticas y medicinales que tuvo buena acogida, una actividad que ella considera de mero rebusque, ya que su principal actividad es el trabajo como recicladora de material aprovechable en el municipio de Villa de Leyva. Y es que el lote que ella tiene en la región lo reparte entre una zona dedicada al cultivo de plantas junto a algunos animales, y la que destina a almacenar material de

rescate que selecciona para comercializarlo posteriormente.

Claudia se cuida de no decirle basura a lo que ella considera su mina, su filón.

Para conocer de primera mano sobre su oficio de reciclaje, le pedimos a Claudia que nos permitiera acompañarla en una de sus salidas por las calles de Villa de Leyva, peti-

ción que acogió con gusto, y así nos dimos cita el lunes 27 de abril junto con Fernando Cordovez, el director de *Conexión Zaquencipa*, quien llegó en compañía de Andrés, el fotógrafo de la revista, al caer la tarde, en la Esquina del Paisa. Allá llegó Claudia en su camioneta, con su compañero Ricardo Camargo al volante.

Es mucho el desperdicio de recursos y la contaminación resultante.

Mientras Ricardo hacía un recorrido por otro sector en el automóvil, Claudia empezó su ronda a pie por la avenida Circunvalar, subiendo hacia la Terminal de Transportes y la calle principal de la villa. A eso de las seis de la tarde, los establecimientos comerciales del centro sacan el material de descarte para su recolección por los camiones de Esvilla, circunstancia que aprovechan los recicladores para seleccionar el material que consideren apto para su trabajo. Provista de guantes protectores, gorra beisbolera y una chaqueta con señales reflectivas, Claudia pasa saludando por los negocios que tienen material aprovechable, y que seleccionan previamente para ella, y lo va acumulando en sitios convenidos por los que más adelante pasará Ricardo a recogerlos. Plásticos, cartón, guacales de madera, papel no contaminado, botellas de vidrio, envases de metal, todo es examinado con ojo experto por Claudia, mientras nos cuenta sobre la situación en que trabajan

los distintos recicladores que operan en la zona. Dice Claudia que en un momento dado había cerca de treinta personas dedicadas a este oficio, pero que ahora hay muchos menos a causa de los bajos precios que pagan los clientes por el material recolectado. Son cerca de tres décadas las que Claudia le ha dedicado a esta labor.

El material recolectado es sometido posteriormente a una clasificación rigurosa: el vidrio debe separarse por colores, lo mismo que el plástico. Cartón y papel deben estar libres de grasas y sustancias contaminantes. Los envases metálicos de bebidas y de plástico deben estar limpios, hasta donde sea posible, y así con los diversos elementos.



Con el material reunido se conforman «globos» que pueden pesar hasta 50 kilos, que es la medida que emplean los clientes que transforman químicamente los materiales y la forma en que pagan cada elemento.

Cada recorrido depara sus sorpresas, como encontrarse con los colegas que recogen su cosecha en medio de los desechos de la sociedad. Es el caso de doña Abigaíl Rivera y don Pedro Elías Bautista, que tienen más de veinte años en el oficio. A la hora en que muchos se refugian en sus casas, luego de los afanes del trabajo, empieza la labor recolectora de estas personas al amparo de la noche.

Son cerca de tres décadas las que Claudia le ha dedicado a esta labor.

Claudia se cuida de no decirle basura a lo que ella considera su mina, su filón. Y es que está acreditada con una certificación en «manejo y recolección de residuos potencialmente aprovechables» avalado por el Sena y que tiene que renovar cada tres años. Además, Claudia ha desempeñado una labor didáctica, enseñando en los colegios la importancia de la clasificación de los desechos, y enfatiza en que es en los hogares donde debe comenzar este aprendizaje, que debe ser para toda la vida. Claudia conoce las estadísticas y la legislación existente al respecto y sabe, por ejemplo,

que Alemania es el país que mejor aprovecha los residuos y ha hecho de esto una ventaja económica, lo mismo que el retraso que tenemos en Colombia. Aunque hay que reconocer que en algo se ha avanzado, aunque no lo suficiente, pues es mucho el desperdicio de recursos y la contaminación resultante. Vive preocupada de saber que los relleños sanitarios de la región están saturados y no muy bien aprovechados, con los costos ecológicos y económicos que implican.

En fin, Claudia Peña es una mujer aguerrida que, junto a su familia, su madre y sus hijas, ha sabido aprovechar la oportunidad para sacar utilidad de una actividad que implica esfuerzo y sacrificio, pero que bien manejada, provee los elementos para llevar una vida digna y útil a la comunidad. Sus tres hijas, para el caso, han cursado estudios superiores y ya no ayudan tanto como antes en el trabajo de Claudia. Demanda de la administración municipal mayor colaboración para llevar a cabo campañas de concientización ecológica en el manejo de los materiales de desecho y la importancia de disponer de ellos adecuadamente. Así mismo, la posibilidad de contar con implementos de trabajo, uniformes y la dotación de elementos que garanticen la salud de los operadores, como ha sucedido en el pasado.

Hacia las ocho de la noche nos despedimos de Claudia, que se devolvió sobre sus pasos para cerciorarse de que el material escogido hubiera sido recogido debidamente. ☺

Lo que salta a la vista

Por **Mónica Perea Esparragoza**

¿Qué salta a la vista? ¿Por qué algo tendría que ponerse a la vista? ¿Y si no es un algo sino un alguien? ¿Y si no es un singular sino un plural? ¿Qué distancia se acorta cuando alguien decide mostrarse? ¿Qué formas de hermandad se inauguran cuando muchas aparecen al tiempo?

Mujeres a la Vista nació hace tres años por iniciativa de una mujer —singular— que tuvo una idea sencilla y profunda: destacar, celebrar y honrar los oficios, disciplinas, búsquedas e ideas femeninas que habitan este municipio. Así, de aquello que ella creyó, nació lo que ellas crearon. Y al ponerse a la vista tantos proyectos, también quedaron a la vista muchas dinámicas humanas.

La complejidad del alma humana no queda suspendida por entrar a una feria; al contrario, allí se hace más visible.

Es sabido que el deber ser ha sido exigido para cada género a lo largo de la historia de esta gran familia humana. A unos se les asignaron ciertos papeles; a otras, los complementarios o subordinados. Sin embargo, hay comportamientos



del mundo público que no tienen género: la ambición, la rivalidad, el miedo, la necesidad de reconocimiento, la dificultad para cooperar, el anhelo de concordia. Socializar sin competir, encontrarse sin medirse, construir sin aplastar, es algo que nos cuesta a casi todos. A las especies en general.

Tal vez Patricia Aguirre, ideóloga de esta feria, no alcanzó a imaginar hasta qué punto una iniciativa así también convocaría las complejidades invisibles de cualquier reunión humana. Que las distintas carpas podrían no entenderse entre sí. Que bajo los saludos cordiales podrían aparecer tensiones silenciosas. Que

en algunos espacios surgiría la tentación de ser abeja reina con respectivas obreras. Que unir regiones distintas de un mismo municipio, trayectorias diversas y sensibilidades a veces lejanas, implicaría más que reunir las físicamente: exigiría inventar una convivencia.

No lo digo como crítica despiadada, sino como quien ha participado estos tres años y también se ha mirado por dentro. Porque he notado cómo las contradicciones no solo viven afuera: también se apoderan de una misma. Quiero asistir y al tiempo no. Quiero ayudar y al tiempo me da pereza. Quiero conocer a las otras, pero no encuentro el tiempo. Quiero sumar, pero a ratos me encierro en lo mío. La complejidad del alma humana no queda suspendida por entrar a una feria; al contrario, allí se hace más visible.

Y acaso esa sea una de las virtudes más honestas de Mujeres a la Vista: no mostrar mujeres perfectas ni alianzas de postal, sino el proceso real y trabajoso de encontrarnos.

Porque si algo heredamos muchas fue cierta educación sentimental de la escasez. La idea de que no había suficiente para todas. Ni atención, ni reconocimiento, ni oportunidades, ni amor. Entonces había que competir. Ser la más bonita, la más amable, la más deseable, la más correcta, la escogida por algún príncipe, pues ni siquiera se pensaba en princesas con princesas ni en otras formas posibles de la vida. Se nos enseñó, de maneras explícitas o sutiles, a compararnos más que a aliarnos.

Por eso me ha parecido significativo que esta feria haya estado atravesada cada año por símbolos. El primero fue el tejido: metáfora preciosa de aprender a ligarnos sin saber del todo cómo resultará la trama. Y si aparece un nudo, desenredarlo con paciencia, sin romper la hebra. Recuerdo aquella primera jornada y la energía alegre que también ocurre cuando muchas mujeres nos reunimos sin pedir permiso. Recuerdo risas, conversaciones, manos ocupadas, una vibración distinta en el ambiente.

De aquello que ella creyó, nació lo que ellas crearon. Y quedaron a la vista muchas dinámicas humanas.

Al siguiente año sentí la sororidad, no como palabra de moda ni consigna repetida, sino como realidad concreta: unas queriendo ayudar de verdad a otras, prestando algo, resolviendo algo, acompañando algo. Pequeños gestos donde la teoría baja del pedestal y se vuelve conducta.

Y en esta tercera edición alcanzo a ver otra evolución: el paso de una líder rodeada de líderes hacia una cooperación más distribuida. Menos centro único, más corresponsabilidad. Menos figura, más tejido. Menos protagonismo, más obra compartida.

Eso también merece celebrarse. Pero creo que el siguiente paso no

puede quedarse solo en admirar los proyectos que vemos, tan distintos, complementarios y plurales. Hace falta apostar de manera más decidida por el comercio femenino, por el intercambio real, por la circulación concreta del apoyo. Aprender a comprar con conciencia. Entender que detrás de cada producto hay horas de trabajo, incertidumbre, valentía y deseo de autonomía.

No mostrar mujeres perfectas ni alianzas de postal, sino el proceso real y trabajado de encontrarnos.

Y no me refiero únicamente a comprar objetos. Hablo también de aprender a intercambiar entre todos —hombres y mujeres— nuestros puntos de vista, nuestros saberes, nuestras diferencias. Sin querer normativizarlos enseguida. Sin decidir tan rápido cuáles son los correctos y cuáles los opuestos. Sin reducir al otro a caricatura.

Detenemos un poco.

Escucharnos un poco.

Dejar que salte a la vista, no solo la presencia de las mujeres, sino la riqueza humana que aparece cuando alguien se atreve a crear, a ofrecer, a reunirse y a convivir con otros. Porque quizás eso era lo que estaba en juego desde el principio: no solo visibilizar mujeres, sino aprender a vernos mejor. 🌀



Dora Inés Suárez: Donde la gente viene a sanar



© Andrés García

Por Mónica Velásquez

La sanación como propósito de vida
En su maloka, Dora Inés Suárez trabaja con plantas, fuego y palabra. Cada elemento tiene un sentido; cada proceso, una intención: sanar.

Brumas o brisas áuricas, aceites esenciales, kéfir, kombucha, ghee, entre otros, hacen parte de su trabajo. Todos productos pensados y creados con

intención, ese su verdadero valor. «Desde que siembro una planta le pongo una intención. La ruda, por ejemplo, la siembro para limpiar. La recojo, la dejo madurar y de ahí nacen sahumeros o baños de plantas», cuenta.

Su práctica integra lo ancestral y lo energético. Más que productos, son procesos, ceremonias y baños que bus-



can acompañar a las personas en su camino más consciente y pleno.

El llamado

Formada en filosofía y psicología, y con más de veinticinco años de aprendizaje en conocimiento indígena, Dora es hoy guardiana del territorio. Hace seis años construyó la maloka ZYSCHU —que en muisca significa conocimiento—, ubicada a unos veinte minutos del centro histórico de Villa de Leyva.

Un trabajo con comunidades indígenas en Guainía iniciando el milenio marcó un antes y un después en su vida. Allí fueron diez años de aprendizajes profundos. «En la selva me hice sahumadora. Fue un despertar de conciencia. Aprendí el valor de la vida, a caminar sin ataduras». De regreso a Bogotá, la vida

comenzó a ordenarse de otra manera. Con un grupo de amigas se aventuraron a vivir en Villa de Leyva. Y ahí comenzó otro capítulo.

**Cada elemento
tiene un sentido;
cada proceso, una
intención: sanar.**

Leer el territorio

Lleva 16 años en estas tierras caminando y sintiendo. «Aquí está la energía de nuestros ancestros», dice. Desde su maloka se observa la montaña que alberga la laguna de Iguaque, considerada sagrada en la tradición muisca. «Tuve una visión muy clara: la maloka debía estar aquí. La energía, el poder para intencionar, me lo da Iguaque», afirma.

La maloka fue inaugurada hace seis años en el solsticio de diciembre, acompañada por un mamo y varios abuelos, en una ceremonia que marcó un hito en su camino de servicio.

Camino de medicina

Dora ha profundizado en tradiciones chamánicas amazónicas y andinas, así como en la cosmovisión del Camino Rojo de comunidades indígenas de Norteamérica.

Recibió el Altar del Rapé, lo que signifi-

**«En la selva
me hice
sahumadora.
Fue un despertar
de conciencia.
Aprendí el valor
de la vida.»**

ca recibir la responsabilidad, el conocimiento y la autorización espiritual para trabajar con esta medicina ancestral.

Pronto será reconocida como *Abuela Medicina*, una figura que encarna sabiduría, guía espiritual y transmisión de conocimiento. «Todo lo que sé, lo tengo que enseñar. Ese es el camino».

Participa en espacios, como la danza de la luna, en la que se reúnen mujeres — parteras, curanderas, sabedoras— para compartir conocimientos. «Lo más bonito es ver a las jóvenes y niñas participando».

Frente a las distintas medicinas ancestrales, Dora explica que el yagé es la medicina que permite enfrentar los miedos; el cacao es la medicina del corazón, de las emociones, y el rapé, que viene del abuelo tabaco, es la medicina de la claridad. «Cada vez que coloco el

rapé, digo: “Que esta medicina te dé claridad en tu pensamiento, dulzura en tu palabra y amor en tu corazón”».

Acompañar para sanar

Quienes llegan a la maloka ZYSCHU buscan equilibrio, conexión, sentido. Pueden participar en una ceremonia para recibir medicina o limpiezas energéticas. Dora acompaña desde una mirada integral que combina su formación en filosofía y psicología con el conocimiento ancestral y el trabajo energético. Más allá de la técnica, su propósito es claro: «El camino mío es de servicio. De sanarme y ayudar a sanar». ☯



Exponer es exponerse

Por Ricardo Rodríguez

Con un concierto de la Orquesta Sinfónica de Villa de Leyva se inauguró el pasado 24 de abril el Primer Salón de Mujeres Artistas a la Vista, como preámbulo a la III Feria 8M Mujeres a la Vista. El encuentro entre músicos y artistas plásticos fue estimulante y entusiasmó tanto a los participantes como al nutrido público que se hizo presente en el templo de San Francisco, a pesar del frío y de la lluvia. Familiares y amigos de los niños, niñas y jóvenes integrantes de la orquesta estaban muy contentos de interpretar y escuchar su repertorio, en medio de las obras que llenaban el espacio con sus mensajes de formas, colores, texturas y variadas intenciones.

El arte brinda una mirada al mundo que vivimos, una puerta que invita a descubrir algo que no habíamos visto.

Patricia Aguirre, la directora de la Feria, hizo una convocatoria abierta a todas las artistas plásticas que trabajan en el territorio y su llamado fue atendido por 43 mujeres, entre profesionales y aficionadas, bajo la divisa de la libertad y la responsabilidad de saberse dignas de participar en una exposición de arte. En esta ocasión no hubo selección ni curaduría en la recepción de los trabajos, aunque sí en el montaje de las obras, que corrió a cargo de Chila Trujillo y Gladys Robles. Pintura, escultura, collage, instalaciones, ensamblajes, tejidos, entre otras técnicas, están presentes



Chila Trujillo

en la muestra en la que conviven bajo un mismo techo trabajos que muestran pericia y dedicación de toda una vida al lado de otras, fruto de una experimentación más espontánea. La muestra contó con la colaboración de la Alcaldía de Villa de Leyva y de la gestora social Carolina Moreno.

Muchas personas pueden estar de acuerdo en que el arte es necesario, solo que no sabemos bien para qué. Pues, ¿qué tipo de necesidad satisface el arte? Pasa lo mismo con la cultura, cuyo objetivo es a veces tan esquivo que muchos consideran al arte y la cultura como meros adornos de la vida real y por eso mismo las ignoran y marginan. Pero lo que el arte brinda es una mirada al mundo que vivimos, una ventana que se abre o una puerta que invita a



descubrir algo que no habíamos visto antes o que no sabíamos que existía. Cada obra arroja una luz sobre el mundo de la vida que nos puede mostrar un enfoque nuevo, un punto de vista novedoso, del que resulta un enriquecimiento de la sensibilidad, ya que los sentidos necesitan atención y educación para desarrollarse, y esto es lo que nos hace propiamente humanos. No es sino que preguntemos a varias personas sobre un hecho que presenciaron juntas para que tengamos un repertorio de versiones e interpretaciones tan diferentes, que se cuestiona uno si en verdad todos asistieron al mismo evento. Lo mismo pasa cuando en una clase de dibujo varias personas buscan representar lo que cada una está viendo, para que tengamos la sorpresa de descubrir que cada uno ve las cosas de diferente manera desde su particular punto de vista.

Y eso es lo que busca el ser humano en la expresión artística: acercarse a lo que hace única una cosa, una idea, una emoción, y esa mirada también es única y es la propia de cada cual. Por esa razón, eso que llamamos estilo es más un asunto de visión antes que de técnica y así alguien puede reconocer un cuadro

de Botero, un relato de García Márquez o una canción de Shakira por haber visto, leído o escuchado antes obras de uno u otro artista, identificarla por esa mirada particular sobre el mundo que podemos afirmar que constituye su mundo propio, su estilo característico.

El arte crea tejido social, relación entre quienes hacen, reciben y comparten, y fortalece una red que conecta y sostiene.

Y si hay algo peculiar en la muestra que comentamos es que no hay fingimiento, no hay simulación y sí mucha honestidad; se nota la intención de mostrar abiertamente lo que cada una quiere decir y lo dice con sus propios medios, con el material que le es más afín o con el que se siente más a gusto. De ahí que exponer sea exponerse, arriesgarse a manifestar su sensibilidad y su emo-

ción ante el espectáculo del mundo y de la vida, para compartir esa experiencia en el lenguaje de las formas, los colores, las texturas, buscando despertar emociones y sentimientos en el espectador, ya que es el espectador el que completa la obra al recibir su mensaje, al captar la luz y las sombras que arrojan sobre los hechos y las cosas y al conservarlos en su memoria. Y algo muy importante: el arte crea tejido social, crea relación entre quienes hacen, reciben y comparten, y fortalece desde la mirada femenina una red que conecta y sostiene. Es lo que hace cada espectador en su recorrido por la exposición, ir tejiendo una red invisible que reúne a todas las obras visitadas en una experiencia única, la suya, que muchas veces se sintetiza en la frase: me gustó o no me gustó. Lo que es lo mismo que afirmar si se logró el cometido de una obra o se malogró el intento. Hay que estar abierto al arte en cualquiera de sus manifestaciones para apreciar el esfuerzo que hay detrás de cada realización y entender que algo muy sutil se juega en cada intento, en cada mano tendida en pos del otro, de la suya, de la mía, de la de todos. Y creo que en esta primera muestra de las Mujeres Artistas a la Vista la experiencia es placentera y estimulante, tanto como para desear que se siga dando en el futuro. 🌀



Irene Marín, una mujer de la tierra



Irene y las «Peregrinas» que andan en busca de su propio centro, de su propio corazón

Por Olga Lucía Riaño

Nada ocurre porque sí; todo tiene relación, dicen muchas sabias cosmovisiones. Incluso la psicología cognitiva —que no niega el azar— reconoce que el cerebro busca patrones o, siguiendo a Jung, correspondencias simbólicas incluso donde no las hay.

**Su condición
femenina tiene
estrecha relación
con el aprendizaje
que ha recibido de
la tierra.**

La historia de Irene Marín, una mujer que rebosa vida, parece confirmar esa intuición: nada es casualidad. Ella, amante incondicional del elemento tierra, ha puesto todo su talento y todas sus herramientas al servicio de esa relación, de esa simbiosis que ha descubierto a través de la intuición y de los sentidos.

Quizá todo empezó cuando decidió a qué dedicar su vida. Optó por la arquitectura, disciplina que surge cuando el ser humano comienza a interactuar conscientemente con la tierra: la trabaja, se apoya en ella, la usa para protegerse y, al mismo tiempo, la honra. Pero el

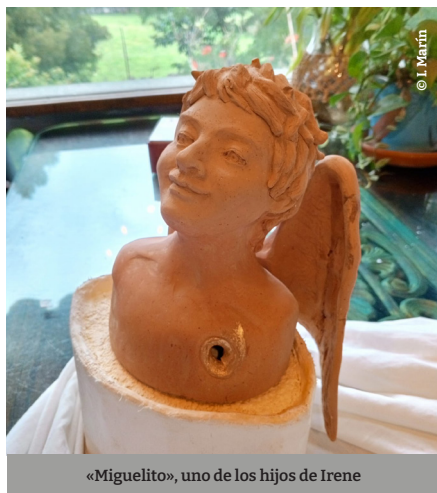
destino tenía otro plan para Irene. Entre sus maestros había uno muy sabio que la marcó profundamente. Irene soñó con él: llevaba puesta una túnica café que siempre usaba y parecía querer entregarle un mensaje. Cuando se lo contó, él —ya mayor y lleno de empatía— la escuchó con atención y la invitó a una exposición que había en ese momento en la universidad. Hablaron de libros, religiones y de conocimientos. Algo había descubierto el maestro y le hizo una sugerencia enfática que llevó a la discípula a virar el rumbo. A pesar de las dificultades administrativas, Irene cambió de carrera y comenzó a estudiar Escultura en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional.

Allí fue alumna, entre otros grandes, de Doris Salcedo. Con ella aprendió que los objetos tienen memoria porque han sido tocados, usados, habitados. Esa lección resonó muy fuerte. Al respecto, Irene evoca también el planteamiento de Marcel Duchamp, quien afirmaba que en el arte el «rey» no es el artista ni la técnica, sino la idea. Lo que gobierna la obra no es la habilidad manual, sino el pensamiento que la activa.

Tierra, mujer y sensibilidad

La tierra y la mujer comparten una raíz simbólica; ambas dan vida, nutren, transforman, gestan y sostienen. En el arte, esa condición se traduce en revelar lo oculto del paisaje, del cuerpo y de la memoria. La naturaleza no es solo entorno, sino espejo: lo que florece afuera también florece adentro.

Irene tiene tres hijos. Cuando eran pequeños vivieron en Icononzo, Tolima, en una zona petrolera de montaña de la Colombia profunda. Los niños iban al colegio, pero ella sentía que hacía falta algo más. Decidió entonces recorrer con sus niños las veredas y realizar talleres de arte para los pequeños de la



«Miguelito», uno de los hijos de Irene

región: espacios lúdicos de creación. Esa semilla pedagógica se convirtió en un patrón.

Tiempo después, junto a su pareja —el geólogo Ricardo Rivera— llegó al Alto Ricaurte, patrimonio geológico de la humanidad, declarado por la Unión Internacional de Ciencias Geológicas como un *Lagerstätte* (para simplificar, un gran yacimiento de fósiles). «Quienes lo designaron —dice Irene—, usan una metáfora muy linda: como si esto fuera un gran libro y la página especial del Cretácico de los reptiles marinos estuviera aquí, y no en ninguna otra parte del mundo».

Ella, amante incondicional del elemento tierra, ha puesto todo su talento y todas sus herramientas al servicio de esa relación.

Irene y Ricardo emprendieron una aventura pedagógica fundamental para

el territorio: narrar la vida de la Tierra, mediante un reloj geológico. Ricardo acude a la ciencia; Irene, a la sensibilidad, opción que ella ama y agradece profundamente: «Quería contar la historia de manera diferente; entonces acudí a algo a lo que estoy llegando, que no inventé yo, que se llama geopoética». Esa corriente propone pensar y sentir el territorio como un organismo vivo que dialoga con quienes lo habitan. Implica prácticas y métodos creativos para unir ciencia, poesía, memoria y paisaje. «A mí me interesa la metáfora, me interesa la parte poética, y yo busco que mis trabajos generen imágenes metafóricas, que te lleven a otro estadio, que sean como un portal, que te generen preguntas como quiénes somos o para qué estamos aquí».

La arcilla, el cuerpo, el poema



En Irene, la artista y la mujer están en absoluta fusión. Su condición femenina tiene estrecha relación con el aprendizaje que ha recibido de la tierra. Su encuentro con un modo estético de leer el territorio ha sido un horizonte. Inquieta, ata lo suyo a aquella antigua idea de la autofecundación, de la autogénesis, de que lo divino se crea a sí mismo.

Irene toma la arcilla, el adobe, lo que la tierra da. Esculpe, moldea, crea, narra en cada figura una historia. Uno de sus poemas favoritos es «Árbol adentro», de Octavio Paz: «Creció en mi frente un árbol. Creció hacia dentro. Sus raíces son venas, nervios sus ramas, sus confusos follajes pensamientos». Tal vez presiente que así la tierra se adentró en ella. Quizá fue la sutil acción con que el elemento se coló en sus esculturas, en sus preguntas sobre la vida. En la pesquisa ha comprendido que somos un todo. Puede que seamos un avatar, puede que tan solo seamos una invención o una idea, pero lo cierto es que, de una u otra manera, somos de tierra.

POESÍA

Entre chales y huipiles

Por Gustavo Mauricio García Arenas

Las
hembras
recogen los cántaros
de agua que traen del río
en sus oscuras testas
y los disponen junto con los peces
de carne blanca y espinas delgadas
sobre los tablones de la mesa de sus críos
que jadean como pichones
en procura del alimento
que llega con el amanecer
de los ojos de la cara materna. 🌀



